



SEMINARIO SOBRE LAS PRIMERAS CATEQUESIS PARA ALEJADOS — No bautizados y bautizados —

Segundo día: LA PRIMERA EXPLANACIÓN DEL EVANGELIO. SUS CONTENIDOS FUNDAMENTALES

I. LOS CONTENIDOS DE LA PROTO-CATEQUESIS

En el número 9 del RICA se suministra la información básica sobre el contenido de la catequesis que la Iglesia debe ofrecer en este tiempo. En el nº 11 resumirá este contenido con la expresión “explanación del Evangelio”. Por otro lado, dice que debe hacerlo con decisión y abiertamente. Del párrafo del nº 9 se desprenden los siguientes contenidos para la catequesis de este periodo:

RICA 9:

«Aunque el Ritual de la Iniciación comienza con la admisión o entrada en el catecumenado, sin embargo el tiempo precedente o «precatecumenado» tiene gran importancia; no se debe de omitir ordinariamente. En ese periodo se hace la evangelización, o sea, se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos, al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean, se conviertan libremente al Señor y se unan con sinceridad a él, quien por ser el camino, la verdad y la vida, satisface todas sus exigencias espirituales; más aún, las supera infinitamente»¹.

1. “Dios vivo”: La realidad personal de Dios y esta nota de estar vivo, esto es, de ser activo, de no estar ajeno a la vida del hombre. Enseguida se aludirá además al designio salvífico de este Dios y cómo es realizado por Jesucristo. La expresión “Dios vivo” recuerda sin

¹ Conc. Vat. II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes*, n. 13.

duda a las palabras de Mt 22,32 («¿No habéis oído que os dejó dicho Dios: “Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”? No es Dios de muertos sino de vivos»), y a su referente en Ex 3, 14 («El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre; así seré invocado de generación en generación»); es decir, el Dios que está implicado en la vida de aquellos hombres y que se identifica con ellos y con su destino histórico.

2. “Jesucristo, enviado por él”: La persona de Jesucristo, siempre en su nexo de unión con Dios. Una catequesis cristocéntrica. Pero una catequesis que sea verdaderamente tal debe respetar el núcleo del misterio del CRISTO, que es justamente su referencia absoluta a otro, su referencia al Dios vivo. Este nexo entre Cristo y el Dios vivo se expresa en este párrafo con dos elementos: primero, el haber sido enviado por Dios; segundo, el objetivo de este envío, la voluntad salvífica de Dios. Está aquí *in nuce* el tema de la universalidad de la voluntad salvífica de Dios, y el tema de Cristo como verdadero mediador de esta voluntad de Dios.
3. El Espíritu Santo no es aquí aludido como contenido propio de la evangelización, sino como protagonista de ella. Es el Espíritu Santo que conduce a Cristo, atrayendo el corazón de los hombres. Esto no significa, claro está, que no pueda ser también objeto de catequesis. Sin embargo, el acento fundamental es el cristocentrismo y el teocentrismo que este implica, si bien es verdad que no es posible entender el título mismo de “Cristo”, sin aludir al Espíritu Santo.

Pero además de estos contenidos que hacen referencia al Dios que llama al hombre, el párrafo deja ver también la orientación con que se ha de anunciar al Dios vivo y a Jesucristo: no en abstracto, sino en relación con el hombre:

4. Al fijar la atención en el hombre al que se dirige el anuncio de Dios y de Cristo, se señalan, en concreto, dos cosas que van de la mano: a) que Cristo satisface las exigencias espirituales del hombre; b) que las supera infinitamente. Estos dos aspectos deben ser claves en el anuncio y acercamiento que la catequesis de este periodo haga de la persona de Cristo al hombre.

a) Por un lado, debe mostrarlo como respuesta a las exigencias más profundas del corazón humano. Si no conseguimos mostrar a Cristo en relación íntima con estas exigencias, nuestro anuncio no será significativo para el hombre, no incidirá en su vida y Cristo no dejará de aparecer sino como un adorno, como algo de lo que, en el fondo, se puede prescindir porque no es fundamental, porque no es esencial para la vida.

b) Por otro lado, debe mostrar cómo esta respuesta es sobreabundante, una novedad que, aunque el corazón del hombre descubre como adecuada a sus exigencias, es una novedad totalmente inaudita, inconcebible, una sorpresa radical.

5. Si ha de mostrarlo en relación con las exigencias espirituales del hombre, entonces la catequesis debe también poner al descubierto estas exigencias. De otra forma difícilmente se podrá mostrar a Cristo como su respuesta adecuada. En este punto, la catequesis deberá ayudar a deslindar las exigencias espirituales más profundas de otras que el hombre, en un primer momento, puede tomar como importantes, pero que, en realidad, no son definitivas. Para este discernimiento es necesario adentrarse en el ámbito de la experiencia interior, del conocimiento del propio corazón, hasta descubrir cuáles son sus verdaderas exigencias, las que están en la raíz, una experiencia fundamental, un núcleo moral.
6. Este adentrarse en el propio corazón no puede hacerse como un ejercicio escolar, ni como un ejercicio de divertimento, sino como una verdadera búsqueda personal en la que el hombre implica su voluntad. Y es que no basta el reconocimiento “nocional” de estas exigencias más profundas, sino la “decisión” y la “voluntad” de darles respuesta. Decir, por ejemplo: “el corazón del hombre aspira a un amor perfecto”, y prestar a esta afirmación una adhesión nocional no basta. Es necesario, que el hombre concreto aspire realmente a él.
7. Sobre las verdaderas exigencias del espíritu humano, las que realmente corresponden a la naturaleza del hombre, el párrafo que comentamos ya ofrece algunas notas que nos permiten identificar estas exigencias. Se dice que Cristo es respuesta y respuesta sobreabundante porque es camino, verdad y vida. Esta afirmación que Jesús hace de sí mismo en el Evangelio según san Juan, ha sido interpretada con múltiples matices por los Padres de la Iglesia y por los autores teológicos y espirituales, pero sin duda nos pone en la pista de las exigencias fundamentales del corazón humano.
 - A) “El Camino”: la existencia del hombre como un camino, una tarea, algo que no está definido de antemano y que el hombre debe hacer. Un camino habla de un estado no definitivo y de un destino, en el que el hombre está en juego y que, por tanto, requiere el ejercicio de su libertad. Es una exigencia del hombre encontrar la dirección de su itinerario personal y tomar las riendas de su propia existencia en esta dirección. Por tanto, esta imagen del “camino” hace referencia a la libertad del hombre. Es necesario que el hombre caiga en la cuenta de que necesita identificar la meta de su vida y de que necesita actuar en consecuencia. Ante esta necesidad antropológica, Cristo se propone como camino, el verdadero camino por el que el hombre puede llegar a ser él mismo en toda su plenitud. El hombre podrá luego aceptar o no a Cristo, pero la Iglesia, al anunciar a Cristo, debe llegar a hacer entender que su anuncio tiene que ver con esta meta final del hombre y con el camino personal que es necesario recorrer.
 - B) “La Verdad”. Una vida como camino, en dirección a una meta, es decir, la exigencia de la libertad, es inútil sin la verdad. Sin la verdad, sin la existencia de una verdad de la persona, de la naturaleza humana, del mundo... no es posible la libertad. Sin ella la libertad del hombre sencillamente no existe, el camino que tome

es solo una ilusión; da lo mismo lo que haga, porque no tiene una meta, un destino que responda a lo que es él. Solo el hecho de que la verdad exista y que pueda ser conocida da contenido a la libertad humana. En ese caso, si existe la verdad, no da lo mismo tomar un camino que otro, vivir de una forma o de otra. La existencia de la verdad hace que la acción tenga consecuencias reales. Y solo el conocimiento de la verdad hace al hombre realmente libre, dueño de su destino. Es necesario, por tanto, descubrir la necesidad de verdad y hacer ver que al ofrecer a Cristo lo ofrecemos como respuesta a esta exigencia, es decir, como verdad del mundo, del hombre, de Dios y de la propia persona. Podrá aceptarlo o rechazarlo, pero debemos mostrar a Cristo no como una moda que uno puede tomar o rechazar conforme a un gusto subjetivo, sino como la verdad objetiva que da razón del ser y del destino del mundo y del hombre.

- C) “La Vida”: Es decir, el fin definitivo, el destino, el bien, la morada para la cual el hombre ha sido creado. La vida es la gran aspiración del corazón humano, vida en plenitud, que es mucho más que la mera vida biológica. “Vida” expresa la gran aspiración del espíritu: felicidad, bien, bondad, amor... Quien escuche el anuncio del Evangelio y su explicación debe saber que la Iglesia, al ofrecerles a Cristo, les ofrece esta Vida plena, que en Jn tiene el nombre de “vida eterna”.

Cuando identificamos a Cristo con las exigencias del corazón del hombre y lo presentamos y ofrecemos al hombre como camino, verdad y vida, hablamos del Cristo real del Evangelio, no de una abstracción, no de una idea, no de un código ético o una ideología, no de un sistema filosófico, sino de su persona, la del Hijo eterno que asumió una naturaleza humana, con su biografía concreta, es decir, con su camino humano y con la consecución de ese camino en la cruz y en la resurrección. Identificamos las exigencias del corazón del hombre con la relación con un hombre concreto y con su seguimiento, con la comunión en su vida y en su ser. No con una noción de él, sino con él mismo y con su camino histórico, con su seguimiento, con la comunión con él.

8. Hay que tener en cuenta también, en la orientación del contenido principal del anuncio (Dios vivo y Cristo), entre las exigencias espirituales del hombre, la necesidad de “ser salvados”. Es una categoría esta de la “salvación”, que está expresamente recogida en el párrafo que comentamos (“se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres”).

Para presentar a Cristo como salvador hay que poner a la luz la experiencia del pecado, la experiencia humana de una existencia “disminuida”, que necesita ser rescatada. Se puede entender la necesidad de salvación, bien a causa del pecado propio y de los demás; bien a causa del dolor, de la fugacidad, de la insatisfacción...

Ciertamente, hoy se ha perdido la conciencia de pecado y eso hace más difícil hablar sobre él. La idea de pecado es una idea propiamente religiosa. Es fundamentalmente la idea de

una ofensa a Dios. Pero no solo se ha perdido la conciencia del mal como ofensa a Dios, sino que se ha perdido también en gran medida la conciencia del mal moral y de sus consecuencias. La pérdida del sentido de verdad se ha traducido también en la pérdida del sentido de lo que es bueno o malo en sí mismo, de las acciones buenas y malas. Sin embargo, es necesario recuperar ambas ideas. La segunda está en relación a la verdad de las cosas y del hombre mismo. No se podrá recuperar la idea del bien y del mal sin recuperar, al mismo tiempo, la idea de la verdad y de la mentira, de lo bello y lo feo. Pero además, hay que recuperar la idea del pecado, la idea de que el mal no es solo mal porque contradiga la verdad, sino que ofende, porque implica una ofensa personal a Dios.

Lo cierto es que difícilmente podemos concebir una verdadera adhesión a la persona de Cristo que no esté marcada por el signo de una necesidad real, casi diría que acuciante, de ser salvados. Quien no llegue a entrever la necesidad de ser “salvado” difícilmente podrá acoger a Cristo como salvador. De ahí que será necesario que la catequesis de este periodo ponga al descubierto también la experiencia del hombre de una vida insuficiente, del límite de todo lo que vivimos y de la insatisfacción que conlleva, de esta existencia como una existencia disminuida. Y más aún, la experiencia del pecado como una realidad propia por la que ofendemos a Dios, que nos separa de Dios y de la que no nos podemos librar por nuestra sola voluntad. Es necesario mostrar de forma existencial la realidad del pecado y de la muerte y la necesidad de ser rescatados, de ser salvados.

9. CONCLUSIÓN:

- a. Por lo tanto, las exigencias más profundas del espíritu, Cristo como respuesta, pero respuesta sobreabundante y el vínculo indisoluble entre la persona de Jesucristo y el Dios vivo, son los elementos más propios, los contenidos esenciales, de la catequesis del precathecumenado.
- b. Pero Dios vivo y Cristo se ofrecen al hombre para salvarlo y darle plenitud en su amor. Dios ama al hombre. Y le ofrece su amor en Cristo. Dios ama al hombre, Cristo ama al hombre, a cada hombre y a todo hombre de forma concreta y exclusiva. Y ese amor es expresado, sellado, manifestado y ofrecido en la cruz, de una vez para siempre. El hombre, ante la cruz, debe responder. Y esto entronca con el Rito de ingreso en el catecumenado, por el que el hombre acepta la cruz de Cristo como signo de Alianza. De hecho, con este signo, la Iglesia realiza la primera consagración de los «catecúmenos». Por este signo, los «simpatizantes» son tenidos como catecúmenos, como hijos en gestación.
- c. Por lo tanto, la cruz de Cristo resucitado y vivo en la Iglesia, y todo lo que la hace comprensible para el hombre es el tema fundamental de la catequesis del precathecumenado.

P. Enrique Santayana C.O.